

Después de una batalla siempre hay otra batalla

Mario Carvajal de la Fuente



Capítulo 1

1

En la oscuridad total, sonó un golpe metálico. Leo supo que era la puerta, escuchó el sonido de las botas contra el suelo y vio la luz tenue de una antorcha que se colaba por debajo de la puerta. La puerta de su celda se abrió y un hombre colocó la antorcha en una pared, por primera vez, vio el interior del cuarto. Era pequeño, el piso humedecido y enlodado por goteras; las paredes de ladrillo y una cubeta para defecar u orinar. No había cama, tenía que dormir en el piso, eso si no hubiera estado atado de manos a una silla y amordazado. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí dentro? Imposible saber, pero sabía que no podía haber pasado más de un día. Un soldado le quitó la cuerda y el trapo de la boca. Leo luchó por respirar, el mismo soldado le dio un puñetazo en el pómulo. Un segundo hombre, de estatura corta y vestido con un uniforme blanco, le dijo al soldado que retrocediera.

-Bien, Leo-dijo el tipo. Era un hombre chaparro y calvo, se paseaba alrededor del prisionero-. Sabes lo que voy a preguntar, así que espero una respuesta honesta. Vas a morir aquí, eso ya lo sabes. Pero tú decides si irte gimiendo de dolor o en paz, con un veneno que te matara mientras duermes, después de una última comida. Tus hombres han muerto y estas solo. Jamás regresaras con tus seres queridos. Tienes una sola utilidad en el mundo, y es responder esta pregunta: ¿Cómo supiste que llegaríamos aquí?

2

Días antes...

Leo despertó bajo la sombra de una roca enorme, que se escondía entre riscos. La tierra bajo su cuerpo estaba fría y olía a carne quemada. Se irguió y vio a un soldado asando varias partes de un animal sobre una hoguera con utensilios improvisados. El humo chocaba con la curva de la roca, en una especie de techo y era de día, el humo que saliera sería el mínimo y sería muy difícil de ver.

- ¿Dónde estamos?

El soldado volteó y tiró un tenedor. Fue con Leo a toda prisa y le dio un

odre lleno de agua.

-Estamos en el Valle Azul. A diez kilómetros del lugar de la batalla.

Leo bebió y quedó viendo el cielo y el sol.

- ¿Cuánto ha pasado, cinco horas?

-Más o menos-dijo el soldado-. Los sobrevivientes que pudimos nos reunimos y recogimos a heridos.

-Y ahora nos escondemos como cobardes. Recuerdo que nos superaron y perdimos en número y se ordenó retirada. Maldita sea, seguro están casando a los sobrevivientes. ¿Cómo te llamas, soldado?

El tipo hizo un saludo militar.

-Will, mi nombre es Will, General Leo. A sus órdenes. Después de la retirada nos emboscaron por detrás y todos nos dispersamos, fue una carnicería. Pero vivimos. En este grupo somos siete personas, contándolo. Esperamos sus órdenes, General.

-Reúne a todos, anda.

Will tomó su espada y se puso su casco, luego dio la vuelta a la roca, perdiéndose de vista. Leo se levantó ayudándose de la pared rocosa, apretó las manos contra el costado del abdomen. Un dolor como un martillazo iba y venía. Pero agradeció que solo fueran un par de costillas rotas en comparación con algún miembro o la muerte. En una guerra es difícil que alguien salga impune. Respiró hondo y salió de la sombra de la roca, pasaba de medio día. No convendría explorar con esa luz, se dijo. Los soldados restantes del grupo de la batalla se acomodaron frente a Leo. Él les pidió su posición y rango. Tenía puro soldado, de los cuales había dos arqueros, tres espadachines, un alabardero y un capitán.

-Seré breve, porque hay que descansar y reponer fuerzas. La orden es la siguiente: sobrevivir. Pasaremos el resto del día escondidos y en la noche avanzaremos de regreso al reino. El enemigo nos está buscando, hay que actuar con precaución. Capitán Jaime, serás el segundo al mando. En la noche cuando partamos, habrá dos personas que exploren en un radio de cinco kilómetros para evitar encuentros. Hay que ser sigilosos, dejen su equipo pesado y carguemos con lo indispensable: armas, comida y lo que consideren necesario para la supervivencia. Nos espera un largo recorrido, así que descansen bien y montemos guardia en lo que dormimos. Es todo.

En cuanto el sol se ocultó, el grupo abandonó el campamento. Los exploradores, en este caso, el par de arqueros, partieron antes, el sonido

de alarma sería imitar el sonido de un búho. Pasaron caminando horas por la oscuridad con solo la iluminación de la estrella y luna. Hasta que entre los arbustos salió una persona. Leo llevó la mano a la espada, la retiró cuando vio al arquero.

-Encontré a una veintena de soldados-dijo el arquero-. No muy lejos, algunos están mal heridos, pero la mayoría pueden moverse.

-¿Hablaste con ellos?-dijo el Capitán-. ¿Nada del enemigo?

-Nada del enemigo. Hablé con el campamento, están dispuestos a unirse y regresar a casa.

-Bien-dijo Leo-. Vuelve con ellos y avancen a la zona montañosa como acordamos, nos veremos tres kilómetros al norte del lago, donde comienza la parte rocosa. Jaime, ve con él y asegúrate que se llegue con bien. Posiblemente tengan que dividir al grupo en dos para no hacer mucho ruido y alertar al enemigo. Lo dejo a su consideración.

El arquero partió junto con Jaime. Leo y el grupo continuaron avanzando despacio pero continuo. Ir o no con precaución era vida o muerte. Adelante, cuando atravesaban una zona boscosa, el sonido de un búho les erizo la piel.

-Tranquilos-dijo Leo por lo bajo-. No desenvainen aun. Las espadas podrían reflejarse con la luz de luna. Esperemos.

El sonido se repitió tres veces más y el segundo arquero se unió al grupo.

-General-dijo-. Encontré un campamento enemigo a tres kilómetros el noroeste.

-¿Cuántos?-dijo Leo.

-Cinco personas. Están alrededor de una fogata cenando. Podríamos esquivarlos yendo por el oeste.

Leo se llevó una mano a la barbilla.

-Cinco hombres dijiste. Después de cenar querrán dormir o relajarse contando historias alrededor de la fogata, quizá algunos duerman.

Otro soldado se acercó.

-¿Con eso que quiere decir?

-Que tendremos el elemento sorpresa de nuestro lado-dijo Leo.

3

En la lejana oscuridad, entre árboles frondosos, se veía el resplandor anaranjado de una fogata. Los soldados platicaban sentados en el piso, riendo y bebiendo, sin saber que alrededor de ellos se acercaban hombres armados. Una flecha atravesó la garganta de uno, pronto, los demás soldados trataron de coger sus armas tan rápido como pudieron, pero era demasiado tarde. Del bosque salieron cinco personas de diferentes direcciones. Dos traían alabardas que los amenazaron presionando el filo de la punta contra el estómago de los enemigos. Un arquero apuntaba entre sus ojos y otros resguardaban con sus espadas. El hombre sobrante, Leo, se sentó junto al fuego on desenfado, cogió los trozos de carne sobrantes y los envolvió en un papel.

-Para el camino-dijo.

-¿Qué hacen?-dijo uno de los sujetos capturados-. ¿Cómo se atreven? Pronto van a venir refuerzos y los van a desollar a todos ustedes. Malditos. Ya han perdido la guerra.

Leo se paró frente a él.

-¿Y dónde están esos refuerzos? No escuchó nada. Si, perdimos una batalla. Pero ahora ustedes están del lado del filo de la espalda y nosotros del mango. ¿Quién debería preocuparse? Tenemos toda la noche por delante. Y les recomiendo guardar la voz, de lo contrario sufrirán el mismo destino que él.

Leo señaló al soldado enemigo que habló. El hombre junto a Leo apretó el mango de su espada y la enterró en el corazón del soldado enemigo. El tipo cayó tras unas cuantas bocanadas en busca de aire y quejidos.

-Les recomiendo pensar bien sus palabras antes de decirlas-dijo Leo.

Un tipo dio un grito ahogado al ver a su compañero caer.

-No quiero morir-dijo.

Leo se acercó y le tocó el hombro.

-No vas a morir si haces lo correcto. ¿Sabes que es lo correcto?

-N-n-no.

-Hacer lo correcto sería decirme cuales son los planes de tu ejército para los próximos días. Eso sería hacer lo correcto. Ayuda a nuestro reino.

-¿Qué quieren saber?-dijo el soldado enemigo.

-¡No les digas nada, John, nada! Nos mataran de todas formas.

-Eso es mentira-dijo Leo-. Danos la información y seguirán con sus vidas-se dirigió al primer soldado-. John, ¿cierto? Dime, ¿Dónde se dirige el ejército y cuál es su próxima movida? Recuerda, piensa bien tus palabras. Dinos algo que sirva. De lo contrario, basta con que mires a tus pies para saber lo que pasara.

John vio el cadáver, sus labios temblaron y sollozo.

-El ejército se reagrupara en el fuerte Comodore. Está a unos cien kilómetros al norte de aquí. Después atacarán Tierra Alta, por el lado del rio y así lograr entrar al país.

Leo estalló una carcajada y le dio golpecitos en la espalda a John.

-Eso, carajo. Más hombres como este. ¿Alguno de los demás tiene algo que agregar?

Los soldados no dijeron nada.

-De acuerdo-dijo Leo-. John, da un paso al frente y despójate de tu uniforme, desde ahora eres uno de nosotros-se dirigió a sus compañeros-. Los demás ya saben qué hacer.

Leo se puso a revisar el cargamento y provisiones del campamento, mientras sus soldados mataban al enemigo a espadas. John miró con la boca abierta, sus ojos llenos de lágrimas. Leo lo giró de la vista de los cadáveres y le dio de beber.

-Hidrátate, recorreremos un largo camino. Tú serás el guía.

John se quedó perplejo. Otro soldado que estaba cerca escuchó y llamó a los demás.

-¿Vendrá con nosotros? Deberíamos matarlo.

-Si-dijo Leo, sonriendo-. Nos guiará al fuerte Comodore y lo tomaremos antes que llegue el ejército. Luego los mataremos a todos en nombre del

Rey.

4

Por la mañana, en lo más alto de una colina dos hombres observaban el fuerte Comodore. Tenía una entrada visible con una puerta enorme de madera y muros altos de piedra de cuatro metros, y detrás de ellos, un puñado de soldados armados con arco custodiando. Al centro una edificación de unos siete metros, donde un soldado trataba de avistar enemigos. Fuera unas empalizadas y hoyos para protección y como obstáculo para el enemigo.

-Menos mal que no traemos caballos-dijo Will-. Los jinetes no podrían moverse entre tanto.

-Tampoco podemos hacer un ataque de frente-dijo el Capitán-. Nos matarían a flechazos, veo que algunos traen ballestas.

-Están muy bien equipados. Pero apenas nos superan en número, deben ser alrededor de cincuenta hombres- Leo puso una mano por su barbilla-. Y tenemos el tiempo limitado. John, ¿Cuánto tiempo tenemos?

-El ejército llegará en dos días.

-¿Propuestas para librarnos de ellos?

-No por el momento-dijo el Capitán.

Leo dio un gran suspiro y se recostó en el pasto.

-Observémosles y atacamos en la noche de mañana o en la madrugada del día siguiente.

-Pero el apoyo-dijo el Capitán-, si el par de soldados que enviaste llegan a la ciudadela a tiempo, apenas y tendremos tiempo para atacar. Esto no me gusta, es muy apresurado.

Leo se volvió con el Capitán.

-Lo sé, es complicado. Pero ya perdimos la batalla y si ese ejército llega a la ciudadela todo está perdido. Lo mejor que podemos hacer es tomar por sorpresa al ejército principal y ganarles. Por eso tenemos que tomar el fuerte y matar a los soldados del interior, para que cuando llegue el

ejército, los embosquemos.

-Vamos a morir todos-dijo el Capitán.

-Sí, pero será por el bien mayor, por el reino, por la gente. –se dirigió al grupo, que ahora eran poco menos de cuarenta-. Los que deseen huir y regresar a casa, háganlo libremente. Los que quieran pelear para proteger el destino de su familia y que sus hijos tengan un porvenir, quédense conmigo. Esta guerra está en nuestras manos y la vamos a ganar. Ningún soldado hizo ademán de irse.

5

En la noche, los casi cuarenta hombres se reunieron en medio del bosque, ocultos de la vista del fuerte. Sin armaduras, pues podrían reflejarse.

-Capitán-dijo Leo-. Tú comienzas el ataque con tu grupo. A la señal, entraremos nosotros.

Al Capitán le tembló la barbilla pero respondió con voz clara y sin asomó de dudas.

-Ahí estaremos. Listos para la batalla.

-Bien-dijo Leo-. No podemos hacer un grito de guerra pero podemos llevar las manos a nuestros corazones y ver la cara de nuestros camaradas, ténganla siempre en la memoria, a cada uno. Esto no es un todo o nada, es un todo.

Los soldados se dividieron en filas y se miraron de frente, luego los líderes asintieron con la cabeza, sin decir ninguna palabra, ambos grupos marcharon sus respectivas posiciones. En el fuerte, al momento que hubo cambio de turno para la guardia y los soldados conversaban, por encima de la gran puerta de entrada de madera, una lluvia de flechas les cayó como la peor de las tempestades. Cuatro guardias quedaron moribundos en el piso. Uno de ellos, a quien la sangre le salía a borbotones por la boca, trató de alzarse y tocar la campana de alarma pero murió en el acto. El grupo del Capitán esperó en la oscuridad, pronto, dentro del fuerte alguien gritó:

-¡Nos atacan!

Un grupo de soldados llegó a la zona de los cadáveres y avisaron que se necesitaba más gente. El grupo del Capitán aguardó en la oscuridad, pero el enemigo no era tonto, supo reconocer la dirección de la procedencia de las flechas y contratacaron. Usaron arcos y ballestas. Pero en ese lugar ya

no estaba el grupo. Se habían movido en silencio entre los árboles. Desde direcciones distintas se posicionaron arqueros y volaron las flechas. El enemigo se cubrió, subieron escudos y trincheras para resguardarse de los disparos. Una voz, seguramente del líder de aquellos hombres grito:

-Den la cara de una puta buena vez. A este lugar nadie entra.

El Capitán hizo una seña para la siguiente oleada de flechas. Estás cayeron sin efecto alguno y el fuerte atacó. Matando a un arquero.

-Nunca vamos a poder avanzar si seguimos así-dijo Will-. Se nos van a acabar las flechas.

-El enemigo no conoce la cantidad de flechas que tenemos-dijo el Capitán-. Y solo estamos haciendo tiempo, recuerda. Y prepárate. Queda poco para que entremos a la acción.

Del otro lado del fuerte, donde los soldados disminuyeron considerablemente su número por estar atentos al frente, Leo y su grupo escalaban los muros con una escalera improvisada y cuerdas. Subieron sin problemas y ahora estaban dentro. Estaban en el punto menos vigilado según su análisis pero eso no significaba que fuera fácil. El grupo de Leo se dividió en dos grupos de diez hombres cada uno. El grupo de Leo entró a una edificación y escuchó a tres soldados enemigos vistiéndose a toda prisa y buscando sus armas.

-Mátalos-le dijo Leo a John.

-No puedo, son compatriotas míos.

-Ahora son el enemigo, tus compatriotas somos nosotros. Anda.

John desenvaino su espada y se acercó al cuarto.

-Deprisa o se irán-dijo Leo.

-De acuerdo.

John entro silencioso al cuarto, de espaldas a los hombres.

-¡Soy parte de sus fuerzas, están atacando el fuerte, ayuda!

Los enemigos voltearon y corrieron con las armas en alto al grupo de Leo. Estos arrojaron lanzas a los tres hombres y cayeron sin vida. John quedó agachado en el piso, temblando y arrastrándose a una esquina.

-Eres un miserable-dijo Leo, antes de cortarle la cabeza-. Movámonos, quizá los gritos atraigan gente, tendámosles una emboscada, que el otro

grupo se adelante.

En el frente del fuerte Comodore, varios arqueros habían muerto, quedando solo cuatro. El capitán detuvo los ataques pero los arqueros del fuerte seguían arrojando lluvias de flechas.

-Es ahora. Guerreros, nuestro turno-dijo el Capitán.

Desde la altura del muro del fuerte aguardaban dos docenas de soldados, ellos vieron salir de la oscuridad del bosque a un grupo de personas armadas con espadas y unos largos escudos de madera. El líder, en medio de todos esos hombres sobre el muro del fuerte, hizo la seña para atacar. Uno de los suyos sugirió salir a atacar, pero dijo que lo mejor serían las flechas. Estas salieron disparadas pero los hombres de fuera pusieron los escudos sobre sus cabezas y estas rebotaron o quedaron clavadas. En el centro, unos hombres cargaban unos troncos de árbol y lo impactaron a la entrada. Una, dos, tres veces y la puerta no cedía. Dentro del fuerte los soldados atacaban con flechas, piedras y todo lo que pudieran para alejar a los enemigos. El líder ordenó calentar brea para dejarla caer. Will sostenía su escudo con fuerza en lo alto, sentía como las flechas impactaban y como el peso de las piedras lo hacían doblar los brazos y estar a punto de romper la formación.

-Resiste un poco, hijo-dijo el Capitán-. Esto es puro teatro, hay que esperar que Leo y los demás hagan su parte.

-Ya tardaron demasiado-dijo Will.

-Quizá estén teniendo dificultades, tu aguanta y ten esperanza-se dirigió a las personas que cargaban el tronco-. Y ustedes apúrense a romper la puta puerta de una vez.

La madera crujía con cada golpe, pero aún estaban lejos de romperla y por dentro seguro habría soldados y arqueros aguardando, pensó el Capitán.

El grupo de Leo había aguardado y como esperaban, llegaron varios hombres a investigar los gritos, los cuales fueron asesinados sin el mayor problema.

-Rápido-dijo Leo-. Hay que alcanzar al otro grupo.

Se movieron y llegaron al punto de encuentro. El grupo de Leo atacaría por la derecha y el otro por la izquierda, subirían las escaleras y llegarían

a la cima del muro para combatir con los soldados enemigos. Se quedarían dos soldados abajo a intentar abrir la puerta, la señal para entrar en acción y que los de fuera supieran eso sería un grito de guerra. Y así lo hicieron. Los dos grupos subieron silenciosos por unas escaleras, silencio que se rompió cuando unos guardias los vieron trepar y cargaron contra ellos. El plan cambio pero el elemento sorpresa fue efectivo. Los soldados sobre el muro tuvieron que bajar para detener a los intrusos. Los arqueros que quedaron arriba comenzaron a disparar flechas dando bastantes bajas al grupo de Leo. En ese momento, la puerta principal se abrió de golpe y los guerreros entraron e hicieron una carnicería con sus espadas, dando tajos a diestra y siniestra. Los arqueros que quedaron en el bosque entraron y desde la distancia acribillaban al enemigo. Varios ballesteros del fuerte se quedaron encima del muro y atacaron, pero las flechas golpeaban a compañeros y a rivales. El Capitán consiguió subir acompañado de dos soldados más y se batieron a duelo con los ballesteros. Estos dispararon pero no pudieron hacer nada, ya era tarde. De esa pelea, solo sobrevivió el capitán con una flecha clavada en el estómago. Una muerte cruel, pensó, una muerte lenta y dolorosa que se alarga por horas y que nada puede hacerse. Abatido, asomó la cabeza por un barandal y vio la última parte de la pelea, cuando el bando enemigo quedo reducido a cero. Fue entonces cuando perdió el conocimiento.

6

Leo tenía varios cortes y golpes en el cuerpo, pero la cabeza le palpitaba y veía borroso. Los pocos sobrevivientes-seis en total, contando al Capitán, que estaba siendo atendido por Will, quien contaba con mayores conocimientos médicos- no dejaban dormir a Leo pues recibió un golpe en la cabeza muy fuerte durante el combate.

-Ganamos- le decían-. Ganamos la batalla. El fuerte es nuestro.

Leo se limitaba a negar con la cabeza, exclamando:

-No, no. No es cierto.

Los soldados quedaban confusos, pero lo dejaron ser y lo acomodaron en una habitación, Will se quedó con el cuándo terminó de atender al Capitán y los demás soldados se acomodaron donde pudieron para descansar un rato. El día de mañana sería más difícil.

Leo salió del cuarto con el primer rayo de sol, fue al centro del fuerte y vio los montones de cadáveres y la sangre ya seca sobre el piso, las ropas y las armas. Muchos de los hombres que rescató después de la batalla murieron y se preguntó si su decisión había sido la correcta, esa gente pudo haber regresado con sus familias, se dijo. Pero hizo lo que un buen general haría, crear caos y confusión en las filas enemigas y eliminar al mayor número posible de enemigos. Vio a dos soldados aún cubiertos de sangre y mugre durmiendo abrazados de sus espadas recargados en unas cajas de madera. Otros dos apilaban los cuerpos en una esquina. Leo se acercó a ellos.

-¿Ningún otro sobreviviente?

-Si-dijo uno de ellos-, varios enemigos. Los rematamos. Pero nuestros, ninguno. ¿Eh, que hace? Usted está malherido, déjenos a nosotros traer los cuerpos.

Leo negó con la cabeza y dobló las mangas de su uniforme.

-No, los ayudare. Un general manda a la victoria o derrota a sus soldados. Lo menos que puede hacer es recoger sus cuerpos. Todas las muertes son consecuencia de los hombres en los altos mandos. Tenemos el deber de enterrarlos, amigos y enemigos.

Fue un día pesado, pero para el atardecer habían apilado todos los cuerpos y construido una base para incinerarlos. Se asearon y se sentaron a comer en la parte más alta del fuerte, para vigilar todos los ángulos. El capitán comió solo sopa, no quería arriesgar su delicado estómago, los demás comieron como si nunca lo hubieran hecho.

-General Leo-dijo Will mientras mordisqueaba un elote-. El ejercitó enemigo llegará en cualquier momento por la noche, según lo que dijo John. Aun no hay vista del nuestro. Si nos quedamos moriremos.

Leo asintió y recargó su cabeza en la pared de madera, bebió de un vaso de agua y miró uno a uno a sus compañeros.

-Váyanse si quieren, ya cumplieron con su deber. Vayan con sus esposas e hijos, que deben estar ansiosos por verlos. Yo me quedare y hare lo que pueda, pero ustedes ya hicieron demasiado. Si se van ahora no se toparán

con el ejército.

-No podemos dejarlo, venga con nosotros-dijo uno de los hombres-. Usted ya hizo suficiente.

-Me quedare-dijo Leo-. Ya lo decidí.

-Le tomó la palabra, General Leo. Fue un honor servirle-dijo el mismo hombre.

Después de su iniciativa, otros se levantaron y se despidieron con afecto de un líder que les hizo sentir la esperanza después de perderlo todo. Bajaron y salieron por la puerta principal, dejándola abierta. Leo se quedó viendo a la puerta con la mano en la barbilla, luego se volvió a los que quedaban: Will y el Capitán.

-¿Y ustedes qué?

-Nos quedaremos- dijo Will-. Comencé esto con usted y así lo terminare.

-Yo soy un Capitán, tengo un deber con usted. Además con mi herida no soportare el camino de regreso.

Will-dijo Leo. El joven se acercó a este-. Tengo una orden para ti: vete a casa, regresa sano y salvo y vive una buena vida, de la que yo estaría orgulloso.

-Pero...

Leo desenvaino.

-Si no lo haces te mato aquí mismo. Vete ya, los demás no deben de estar lejos. Alcánzalos.

Will se levantó y antes de irse, de despidió con una mirada que lo decía todo.

8

Una hora después, cuando la noche había vuelto, se veían varias antorchas iluminando el patio principal. La sombra de los cadáveres se movía en las paredes junto con las flamas. El capitán y Leo vaciaban un líquido todo el fuerte. Habitaciones principales, en la pila y en el patio. Dejaron un camino de brea hasta las afueras del fuerte, donde se

escondían dentro de una carreta llena de paja.

-Hay que esperar al momento-dijo Leo-. Tú te quedarás aquí, sabrás cuando hacerlo-. Solo tenemos una oportunidad. Si no llega nade, huye.

Leo se despidió del Capitán y fue al punto más alto del fuerte. A lo lejos vio al ejército enemigo aproximarse. Eran ciento y cientos de hombres, probablemente acamparían fuera, pero los de alto rango dormirían dentro, eso seguro. Cuando llegaron al fuerte y vieron las puertas abiertas y nadie recibéndolos. Un grupo pequeño entro para inspeccionar y salieron corriendo cuando vieron el montón de cuerpos acumulados. Un segundo grupo de mayor número entró a meterse por todos lados. Al estar libre la zona baja, comenzaron a entrar a los edificios y habitaciones. Por último subieron a lo alto, pero Leo los recibió dando tajos y moviendo la espada. A uno le cortó un brazo, a otro lo mató enterrándole la espada en el corazón y al tercero a golpes. Rápidamente subieron más hombres, a los que Leo mató a dos antes que lo sometieran y golpearan. Cuando despertó, estaba en la oscuridad total de una celda.

9

-Bien, Leo-dijo el tipo. Era un hombre chaparro y calvo, se paseaba alrededor del prisionero-. Sabes lo que voy a preguntar, así que espero una respuesta honesta. Vas a morir aquí, eso ya lo sabes. Pero tú decides si irte gimiendo de dolor o en paz, con un veneno que te matara mientras duermes, después de una última comida. Tus hombres han muerto y estas solo. Jamás regresaras con tus seres queridos. Tienes una sola utilidad en el mundo, y es responder esta pregunta: ¿Cómo supiste que llegaríamos aquí?

Leo, quien tenía la cara hinchada y dolores por todo el cuerpo, respondió:

-Unos muertos de hambre me lo dijeron. Los mate a todos.

Un soldado lo abofeteo con un guante metálico. Varios dientes cayeron al piso. Los labios se le partieron y la sangre caía combinada con la saliva. Leo veía borrones de lo que pasaba. Escuchaba cosas pero era incapaz de comprenderlas. Y su cuerpo sentía el mismo dolor creciente por todos lados, sin saber bien de donde provenía. Ahora es buen momento para morir, se dijo.

-Quizá podríamos enviarlo de regreso a su reino como una advertencia-dijo el sujeto calvo-. Sí, eso haremos. Sáquenle los ojos y córténle las

manos. Háganlo poco a poco, no queremos que muera antes.

Los soldados asintieron y se acercaron para proceder. En ese momento, un cuarto tipo entró a la celda.

-Señor-dijo apresurado, jadeando-. Fuego. Hay fuego fuera.

-¿Qué?-dijo el calvo.

-Y se esparce deprisa.

-¿Hay señales enemigas?

-No, Señor.

El calvo sostuvo la cabeza de Leo con las dos manos y acercó su cara a la de él.

-¿Nos tendiste una trampa, hijo de puta?

El hombre arrojó a Leo al piso después de ver su sonrisa.

-Era una trampa, hay más personas aquí. Rápido, apaguen el incendio y maten a esos perros.

Antes que cerraran la puerta, Leo escuchó gritos a lo lejos y a otro tipo decir que había llegado un ejército y que la caballeriza estaba arrasando con las tropas. Y que no podían resguardarse en el fuerte porque se caía a pedazos por las llamas. Después todo se volvió de color negro.

10

Leo despertó en una cama suave, en una habitación desconocida. Se quedó tumbado, tenía las piernas débiles, pero se incorporó como pudo. Una mujer entró a la habitación sosteniendo una charola con una taza y unas hierbas.

-Oh, General Leo. Ya despertó. ¿Cómo se siente?-la enfermera se giró a la puerta-. ¡Cecilia, informa que el General despertó!

-¿Qué sucedió?-dijo Leo, con un hilo de voz. Intentó levantarse por segunda vez.

-Shh-la enfermera le acomodó la almohada-. No haga esfuerzos.

La enfermera le checo las heridas e hizo cara de aprobación cuando vio debajo de los vendajes. Salió y al poco tiempo entro un hombre alto uniformado. Leo hizo una reverencia.

-Señor Lores-dijo Leo-. Un honor tenerlo aquí.

-El honor es mío. Estoy enfrente del hombre que salvo al reino después de perderlo todo.

-¿Salvarlo dice?

Lores se sentó al borde de la cama y cruzó las piernas.

-Quizá no recuerdes bien que paso, te dieron muy duro. Hace dos tres días llegaron unos mensajeros de tu parte, pidiendo con insistencia que el ejercitó te apoyara en una emboscada al fuerte Comodore. Pensamos que era una treta pero los detalles eran muy específicos y además les diste un código para saber que eras tú el que los mandaba. Bien ahí. Marchamos enseguida pero nos retrasamos un día para asegurarnos con exploradores que el ejercitó enemigo estaba ahí. Y así fue. En la noche cargamos contra ellos en la madrugada y los aniquilamos, perdimos muchos hombres, pero tuvimos la victoria clave para acabar con esta guerra y salir victoriosos. Todo gracias a ti, fuiste clave para la victoria.

-El Capitán-dijo Leo-. Le prendió fuego al fuerte, ¿Qué paso con él?

-Oh-dijo Lores-. Lo encontramos fuera del fuerte, malherido. Esta con vida, pero tiene una grave infección a causa de una herida en el estómago, pero quizá viva, aunque sus días en el campo de batalla terminaron. Encontramos a varios hombres tuyos también, todos están a salvo.

La cara de Leo se transformó y por momentos pareció más joven, como si un gran peso se le fuera de los hombros. Respiró profundo.

-Podré descansar.

-De eso nada-dijo Lores-. Tus estrategias son clave en estos momentos. Hoy te recuperaras pero mañana volverás a las campañas para terminar la guerra, el rey quiere hablar contigo.

-Pero acabó de ganar una batalla. Era mi última, me retiraría. Y estoy herido. ¿Qué utilidad puedo tener?

Lores se levantó y rio como si Leo hubiera contado un chiste.

-Necesitamos tu dedicación y fidelidad en el ejército-hizo una mueca-.
¿Retirarse? Si la guerra apenas comienza y después habrá otra. La muerte es el retiro. Después de una batalla siempre hay otra batalla.

Leo recargó la cabeza en la almohada y Lores salió riendo de la habitación.